



RAFAEL OBLIGADO

POESÍAS

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

RAFAEL OBLIGADO

POESÍAS

ÍNDICE:

- o Echeverría
- o El hogar paterno
- A mis hermanas
- o En la ribera
- o Laetitia
- o La Pampa
- o Pensamiento
- o Semejanzas
- o El seño
- o Sombra
- o A una poetisa lusitana
- o Hojas
- o Un cuento de las olas
- A Celmira Jurado
- o Visión
- o Primavera
- o Ofrenda
- o La sombra del sauzal
- o Basta y sobra
- o A una niña en su álbum
- o El nido de boyeros
- A Mercedes Obligado
- o Acuarela
- o Al partir
- o Santos Vega

Tradiciones argentinas

o El canto de las olas

Deviller

o Estrofas

o Nocturno

o Sólo tú

o Al poeta americano Numa Pompilio Llona

Autor de la Odisea del alma

o Adolescente

o La flor del seíbo

Al poeta Calixto Oyuela

o Primera lágrima

o Adiós

o El naranjo y el cedro

Leyenda bíblica

o El hogar vacío

o El manantial

o América

o Canción

o Sin ella...

o Ellos

o La luz mala

Tradición Argentina

o Florencio del mármol

o Las quintas de mi tiempo

o Inspiradora

Echeverría

I

Era esa pampa dilatada y sola,

sin otra vida que la vida aquella

que hace rodar la ola

y girar en los cielos una estrella;

Sin más palabra, que la voz vibrante

del buitre carnicero,
el alarido de la tribu errante,
y el soplo del pampero.
Faltaba el alma a la extensión vacía
a los vientos del llano,

10

un rumor cadencioso, una armonía
que sólo brota el corazón humano.
Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;
La luna, su destello soñoliento;

15

pero al cielo faltaba
un astro, el astro del amor divino,
y a la tierra el fulgor del pensamiento.
Sentir, pensar... Suprema, única vida;
para la sed del alma, ¡única fuente!

20

Sobre la tierra, que a vivir convida,
¿Bastarnos puede, acaso,
un astro que se eleva del oriente
y se oculta en silencio en el ocaso?
Nada dice al espíritu

25

la noche taciturna,
encorvando su bóveda sombría
como una inmensa urna
sobre la tierra desmayada y fría,
si en la sombra lejana

30

de sus antros sin nombre,
no destella la mente soberana
y no palpita el corazón del hombre.
El vuelo de las aves,

de la laguna el musical ruido,
35
las mil voces suaves
que el viento imprime al pajonal dormido
¡Ah! ¡Todo ese concierto
en vano resonaba,
porque allá, sin un eco, se apagaba
40

en los profundos senos del desierto!

II

Llegó por fin el memorable día
en que la Patria despertó a los sonos
de mágica armonía;
en que todos sus himnos se juntaron
45

y súbito estallaron
en la lira inmortal de Echeverría.
Como surgiendo de silente abismo,
el mundo americano
alborozado se escuchó a sí mismo
50

el Plata oyó su trueno;
la Pampa, sus rumores;
y el vergel tucumano,
prestando oído a su agitado seno,
sobre el poeta derramó sus flores.
55

Desde la hierba humilde,
hasta el ombú de copa gigantea;
desde el ave rastrera que no alcanza
de los cielos la altura,
hasta el chajá que allí se balancea
60

y, a cada nube oscura,

a grito herido sus alertas lanza;
todo tiene un acento
en su estrofa divina,
pues no hay soplo, latido, movimiento,
65

que no traiga a sus versos el aliento
de la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
esa fuerza expansiva
que hace parezca el horizonte estrecho
70

de la ciudad nativa;
y tendido en el lomo rozagante
del potro pampeano,
campos y campos devoró anhelante
y allá en la sombra se perdió del llano.
75

La noche era tranquila;
en la faz del desierto
clavaban las estrellas la pupila,
con esa mezcla de ansiedad y pena
con que miramos en la tierra a un muerto.
80

¿Qué hablaron al poeta
esos murmullos de la noche en calma,
del carrizal nacidos,
que cantan al pasar en los oídos
y lloran en el alma?

85

¿Qué historia la contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
que sus ojos en llanto se empañaron
y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido

90

de un pecho desgarrado,
un grito por tres siglos repetido
y de nadie escuchado

¡Era que de su lira generosa
cayó en la cuerda viva,

95

como gota de lluvia, luminosa,
la lágrima infeliz de la cautiva!

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
esclavizó a María:

En sus sueños geniales el poeta,

100

en el distante aduar, la presentía.
Para él nació; para su gloria fueron
aquellas formas armoniosas, bellas;
esos ojos que lágrimas vertieron
hasta empaparle el corazón con ellas.

105

El reflejo en su espíritu doliente
su historia sin ventura;
él la siguió, como paterna sombra,
por la vasta llanura;

él hizo que las gotas de su llanto

110

en las almas sensibles se volcaran,
y los ojos enjutos
de todo un pueblo a humedecer llegaron.

Rosa temprana en un erial caída,

él recogió sus hojas una a una.

115

Entregadas ¡oh Dios! Por la fortuna

a todas las tormentas de la vida;
y en las cadencias de su verso alado,
dulce, insinuante, musical, sereno,
vino y vertió su aroma delicado

120

de nuestra patria en el materno seno.
Desde entonces hay cantos de ternura,
rumor de besos en la Pampa inmensa
hay un alma que piensa,
una fibra que late a cada paso;

125

y derrama su lumbre perdurable
el astro hermoso que la vida encierra,
el astro del amor, puro, inefable,
que no rueda al ocaso,
que no empañan tormentas de la tierra.

130

V

¡República Argentina, madre mía!
¡Felices ¡ah!, los que tu sien miraron
de frescos lauros coronarse un día!
¡Los que tu suelo estéril fecundaron
con sangre de sus venas,

135

y anillo por anillo, las cadenas
de la oprobiosa esclavitud trozaron!
Para aquellos heroicos corazones
era música grata,
del Pacífico al Plata,

140

el solemne tronar de tus cañones.
Sólo a ellos fue dado
contemplar esa mágica belleza
con que, rotas las brumas del pasado,

se levantó tu juvenil cabeza;

145

sólo a ellos, beber en el reguero
de viva luz, que derramó en tu frente,
de Moreno, la mente,
de San Martín el inflexible acero.

¡Con qué íntimo gozo,

150

tus hijos, fuertes en su amor profundo,
te colocaron en excelso asiento
para mostrarte independiente al mundo,
independiente y libre...
libre no, que era esclavo el pensamiento!

155

El filo de la espada
cortar puede los lazos
que a un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
mas aquellos que inerte
el alma dejan a merced extraña,

160

que hasta el rayo de sol en que se baña
le dan quebrado por ajeno prisma,
como el diamante con su propio polvo.
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente

165

hirió como una espada,
de resplandores acerados llena,
las viejas ligaduras
que la conciencia de la Patria, atada
tuvieron ¡ay, a la conciencia ajena!

170

¡Y fue la libertad! ¡Y el pensamiento
tomó las alas del nativo cóndor

para escalar audaz el firmamento;
para arrojar de la región del rayo,
en páginas de fuego,

175

el Dogma excelso que, inspirado en Mayo,
fue norma y guía de la Patria luego!

VI

Profundas melodías
vagaban en la atmósfera serena,
como el fúnebre acento de la quena

180

que sollozaba en los antiguos días
dulces cantos de amor, que eran al alma
claridad y rocío:

El triste desengaño, el negro hastío,

La esperanza risueña...

185

¡Ah! ¡Todo ese universo
revivió en los Consuelos, y su verso
se apoderó de la mujer porteña!

Él las dijo al oído

tantos sueños de amor, que el alma encienden;

190

tanto vago secreto,
de esos que ellas aprenden
como las aves a construir su nido,
que aún su nombre es amado
como un recuerdo de amorosa historia,

195

cuya doliente evocación consuela;
y aún llevan, en ofrenda a su memoria,
ornando sus hechizos,
la cándida diamela
que él, con sus manos, enlazó a sus rizos.

200

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
en que de nubes se cubrió y de duelo
la faz tranquila del hermoso cielo
que vio de Mayo la primera aurora.

Como fiera traidora

205

que avanza oculta en tempestad sombría,
la libertad rasgando y el derecho,
la garra de la infame tiranía
¡De Buenos Aires se clavó en el pecho!...
¡Adiós, sueños de amor! ¡Adiós hermosas

210

que a la sien del poeta
ofrenda hicisteis de tejidas rosas!
Él todavía, la mirada inquieta
vuelve a vosotras, de la nave ingrata
que lo lleva al destierro y a la muerte

215

sobre las olas del airado Plata.
¡Se ausentó para siempre! Solitario
quedó... su corazón, pues no cabía
en su íntimo santuario,
otro amor que su patria, ni otro cielo

220

que aquel sublime y grande,
que se dilata del platino estuario,
en arco inmenso, hasta la sien del Ande.
Brotó de su alma, en su postrera noche,
una lágrima ardiente,

225

de bendición para la patria ausente
para el tirano, de viril reproche;

y herido al fin por la implacable saña
del destino, se hundió como los astros,
dejando en torno luminosos rastros,
230

¡en el sepulcro de la tierra extraña!
¡Oh injusticia! ¡oh dolor!... Patria de Mayo,
¿dónde están del poeta los despojos?
¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?
La misma luz que acarició sus ojos?
240

¿Duerme, madre, en tu seno
el hijo tuyo, el corazón valiente,
el que ni en llanto humedeció ni en sangre
el vivo lauro que ciñó a tu frente?
¡No, que el cantor de la llanura, yace
245

de su pueblo olvidado!...
Ayer no más, trayendo las cenizas
del héroe invicto, del primer soldado,
llena de pompa y luz y movimiento,
rozando aquella tumba solitaria
250

pasó la nave; y su estertor profundo,
hizo temblar la copa funeraria
de los cipreses, en dolientes coros,
al huir gallarda a la natal ribera,
¡revolviendo los hélices sonoros
255

y suelta al aire la triunfal bandera!
¡Quedó esa tumba abandonada!... Empero,
¡él fue también libertador; guerrero
de la lucha más noble! -La Cautiva,
que el sentimiento nacional exalta
260

y su estandarte victorioso ondea,
es como Maipo y Ayacucho y Salta,
¡el triunfo de una idea!
¡Poetas! ¡De la Patria es nuestra lira,
la inspiración sagrada

265

que en sed de gloria, al ideal aspira!
Y si queremos de los hijos nuestros
tan sólo una mirada,
no de frío desdén, do noble orgullo,
venid, y entrelazadas nuestras manos,

270

¡sigamos esa estrella, que nos guía!
¡Lancémonos nosotros, sus hermanos,
por la senda inmortal de Echeverría!

Buenos Aires, 1881.

EL HOGAR PATERNO

A mis hermanas

¡Oh! ¡Mis islas amadas, dulce asilo
de mi primera edad!

¡Añosos algarrobos, viejos talas
donde el boyero me enseñó a cantar

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida

5

en la estrecha ciudad;

para arrojar mi corazón de niño
de las pasiones en el turbio mar?...

Como un cisne posado en las riberas
del ancho Paraná,

10

así, blanco y risueño, se divisa
a la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
que grata sombra dan;

en el cuadro de antiguos paraísos

15

que, destrozados, no florecen ya;
En las barrancas que hacia el puerto ondulan
y avanzan al canal,
do vela el sueño de gloriosos muertos
la solitaria cruz de ñandubay;

20

En la hondonada que perfuma el molle
y engalana el chañar;
en el arroyo que las toscas baña;
en ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida

25

la inocencia y la paz;
allí mi madre me acaricia, niño,
y mis hermanas en redor están.
No bien despunta el sol en el oriente,
tierno beso nos da;

30

de rodillas, oramos; y, en seguida,
¡puerta franca... la luz, la libertad!
Como bandada de enjaulados pájaros,
por aquí, por allá,
al campo el uno, a la barranca el otro,

35

nos echábamos todos a volar.
-"Cuidado con los nidos", nos decía
mi madre en el umbral;
pero digan horneros y zorzales
si les valió la maternal piedad.

40

Lejos ya de su vista, a un algarrobo
trepaba el más audaz,

y con los ojos de mil ansias llenos,
esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construido

45

para vivir y amar,

introducía sus rosados dedos

el pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico o el ala destrozada,

¡Nunca vista crueldad!

50

Asiendo los polluelos, uno a uno

los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto

y el bullicioso afán,

de aquel enjambre de inocentes niños

55

que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,

al cárdeno fulgor

que desde el fondo de la Pampa envía,

en sesgo rayo, el moribundo sol;

60

En agitado, en revoltoso grupo,

y alegre confusión,

los juncales rozando de la orilla,

con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,

65

tendíase a estribor,

y sonreía a la rizada espuma

que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda

lanzándose veloz,

70

entre sus manos victoriosa alzaba
del camalote la celeste flor.
Esta, la caña de pescar volvía,
enviando en derredor
menudas gotas que al caer brillaban
75

en los cabellos de las otras dos.
Batiendo luego las rosadas palmas,
reía, porque vio
medrosa hundirse en la corriente un ave
al desusado y repentino son.

80
Pero si alguna, al levantar los ojos,
mostraba el mirador,
donde mi madre a vigilarnos iba,
gritaban todas a la vez: "¡adiós!"
¡Oh dulces años! Por entonces era

85
nuestro goce mayor,
hurtar las flores que en las islas abren,
y de sus aves escuchar la voz.
Las pasionarias, las achiras de oro,
y el seíbo punzó,

90
eran ofrendas que mi madre amaba
porque a sus hijos se las daba Dios.
¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
arranco al corazón,
si yendo en pos del oropel mundano

95
el hombre olvida lo que el niño amó!
Vuelta de Obligado, 1882.

En la ribera
Ven, sigue de la mano

al que te amó de niño;
ven, y juntos lleguemos hasta el bosque
que está en la margen del paterno río.

¡Oh, cuánto eres hermosa,

5

mi amada, en este sitio!

Sólo por ti, y a reflejar tu frente,
corriendo baja el Paraná tranquilo.

Para besar tu huella

fue siempre tan sumiso,

10

que, en viéndote llegar hasta la playa
manda sus olas sin hacer ruido.

Por eso, porque te ama,

somos grandes amigos;

luego, sabe decirte aquellas cosas

15

que nunca brotan de los labios míos.

El año que tú faltas,

la flor de sus seibos,

como cansada de esperar tus sienes,

cuelga sus ramos de carmín marchitos.

20

Por la tersa corriente,

risueños y furtivos,

como sueltas guirnaldas, no navegan

los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces

25

su ramaje sombrío,

y las aves más tristes en sus copas

gimiendo tejen sus ocultos nidos.

Pero llegas..., y el agua,

el bosque, el cielo mismo,

30

es como una explosión de mil colores,
y el aire rompe en sonoros himnos.

Así la Primavera,

del trópico vecino

desciende, y canta, repartiendo flores,

35

y colgando en las vides los racimos.

¡Cuál suenan gratamente,

acordes, en un ritmo,

del agua el melancólico murmullo

y el leve susurrar de tu vestido!

40

¡Oh, si me fuera dado

guardar en mis oídos

para siempre, esta música del alma,

esta unión de tu ser y de mis ríos!...

Si al borde de los dulces

45

raudales argentinos,

naturaleza levantó mil grutas

de pasionarias y silvestres tilos;

Si de un árbol en otro,

cruzando entretejidos,

50

cual hamacas indianas, los zarzales

al aire entregan sus flotantes hilos:

¡Es que el amor es dueño

de todo Paraíso!

¡Es que toda belleza de la tierra

55

es un fragmento del Edén perdido!

Por eso eres más bella,

mi amada, en este sitio

y es más blanda tu voz, y más radiante
la lumbre de tus ojos pensativos.

60

¡Ámame, no me olvides,
ámame con delirio;
bésame con el beso de tus labios,
como la esposa del cantar divino!
Yo guardaré el secreto,

65

lo guardará este asilo,
donde, ingenuas, se besan las palomas
ante la augusta majestad del río.

Laetitia

Con tu sonrisa embelleces
y haces tus quince lucir;
te lo habrán dicho mil veces
blanco pimpollo pareces
que se comienza a entreabrir.

5

Sobre tu seno palpitan
no sé qué lumbres dudosas;
cuando tus formas se agitan,
a respirarlas incitan
como un manojo de rosas.

10

En tu infantil hermosura,
llena de vivos sonrojos,
hay tal hechizo y frescura,
que hasta la luz es más pura
en el cristal de tus ojos.

15

Cuando caminas, tu traje
hace susurro de espumas,
y, por rendirte homenaje,

de tu sombrero en las plumas
canta la brisa salvaje.

20

Los que te miran pasar
con esa audacia triunfante
y esa sonrisa sin par,
juran, al ver tu semblante,
que tú no sabes llorar.

25

Juran verdad. ¡Pues mejor!
¡Fuera pesares y engaños,
y no contraiga el dolor
esos dos labios en flor
donde sonríen quince años!

30

1874.

La Pampa

I

Que voz suave, qué sonoro acento
para cantarte ¡oh Pampa! ¿Me demandas?
¿Será el rugido atronador del viento?
¿Será el susurro de las auras blandas?
Te veo y me estremezco: mi alma siente

5

que tu misma grandeza la aniquila,
y súbito después alzo la frente
para encerrarte entre mi audaz pupila.
Entonces algo tuyo me levanta,
y libre como el viento correr quiero...

10

¡Bate el caballo su orgullosa planta
y vuela con impulso de pampero!
Fácil el llano a su vigor se tiende;
huyendo lejos se adivina el monte;

¡No hay limite!... la niebla se desprende,
15

y a su paso se aleja el horizonte.

"¡Más rápido! ¡más rápido! Entreabierto
allí está el porvenir en tu camino;
¡Salta! ¡vuela! Devora ese desierto
y arráncale el secreto del destino!"

20

Y el caballo se lanza, ya sediento
de espacio, de huracán y de frescura;
se desata y se aleja el pensamiento
como un ave extraviada en la llanura.

El alma sobre el llano se difunde,

25

lo abarca como el sol al mar distante,
lo huella, lo limita, lo confunde,
lo empapa de su espíritu gigante.

¡Sí!, que del potro la veloz carrera
precipita al abismo los sentidos;

30

¡El vértigo del alma se apodera
y se sienten los nervios sacudidos!
El pecho se electriza, se acrecienta;
se oye golpear un corazón de acero;
allí el pulmón no vive si no alienta

35

el soplo poderoso del pampero.
Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
descompuesto el cabello, roto el traje,
tengo orgullo de ser americano
y de gozar de libertad salvaje.

40

Se enardece mi alma; delirante
arranco el velo al porvenir, ¡cuán bella

la imagen de la Patria deslumbrante,
amor y gloria y juventud destella!
Siento el rumor y el incesante coro

45

de un pueblo egregio que el progreso guía;
y alzando el alma a Dios, me postro y oro
ante la imagen de la patria mía!

Entonces quema mi ardorosa mano,
mi corazón es fuego, mi frente arde...

50

¡Qué placer si desciende sobre el llano
el ala refrescante de la tarde!

II

La aurora es la belleza que deslumbra,
la juventud, el canto, la armonía;
la tarde es un ensueño en la penumbra,

55

el beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
no es la tarde del bosque ni del prado
es más triste, más bella, más grandiosa,
más dulce muere bajo el sol dorado.

60

Ni un rumor escucháis, ningún ruido
en la vasta planicie solitaria,
sólo un vago y dulcísimo gemido
como el ruego postrer de una plegaria.

Cual el perfume de la flor, abierta

65

a los besos del céfiro que gira,
el alma se desprende, flota incierta,
y con las ondas de la luz espira.

El cuerpo desfallece; la mirada,
como el ave en la mar, sin rumbo vuela,

70

sigue la nube errante, y fatigada
la paz profunda de la noche anhela.
Aspiráis de ese cuadro misterioso
una dulce ideal melancolía;
el corazón, latiendo silencioso,

75

parece que desmaya con el día.
Sentís volar a la memoria errantes
recuerdos de un dolor que no se nombra,
fantasmas y quimeras vacilantes
que corren a ocultarse entre la sombra.

80

Veis surgir, con el alma estremecida,
los seres que en el mundo habéis amado,
su sonrisa, su voz, su voz querida,
como un largo sollozo del pasado.
Llega la hora sublime.... aquel instante

85

en que la luz entre la sombra oscila,
en que el mundo desmaya suspirante
y el alma vuela a su Creador tranquila.
¡A ese instante de unción, no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sabio

90

estático quedáis, fija la vista,
con el nombre de Dios sellado el labio...

III

Esperáis un momento... Ya la sombra
sobre llano sin luz rápida avanza,
y se agrupan y ruedan en su alfombra

95

las nubes de la noche, en lontananza.
Entonce el trueno, retumbando lejos,

hiere las brisas que en silencio vagan;
y súbitos y pálidos reflejos
plomizos velos descubrir amagan.

100

Esperáis un momento... ¡Centellea
la tempestad que se alza a vuestro paso!
¡El ala del relámpago chispea
sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando mil nubes agrupadas,

105

empujan otras y otras de soslayo,
rasgan su seno, y túrbidas y airadas
vivaz arrojan a la tierra el rayo.

Los relámpagos, vibrantes,
difundidos en ráfagas violentas,

110

parecen las miradas centelleantes
del Genio colosal de las tormentas.

Sentís hervir la sangre, y os parece
que, rota vuestra vida, endeble palma,
en las alas del viento se estremece

115

libre y audaz y en plenitud vuestra alma.

¡Oh, qué placer!... El pecho, palpitante,
entreabre vuestra boca... ¿dais un grito?

¡Lo prolongan los ecos al instante!

¡Lo contesta tronando el infinito!

120

Imágenes soberbias, atrevidas,
el alma llenan de visiones grandes:

¡Se sueña, tras las nubes encendidas,
el Dios del Sinaí sobre los Andes!

O, rasgando los velos del santuario,

125

se descubre de súbito a la mente,
la fecunda tragedia del Calvario,
eterna lumbre del remoto Oriente.
Y envuelto en una atmósfera sin nombre,
se quiebra el trueno en vuestra frente erguida...

130

Así concibo en mi delirio al hombre,
¡figura colosal!...¡rey de la vida!
¡Dadme la Pampa así! ¡Súbito el rayo
centelleé en mi frente y zumbe luego!
¡La tempestad no es sueño, no es desmayo

135

es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!
1872.

Pensamiento

Bañarse en la gota de rocío
que halló en las flores vacilante cuna,
en las noches de estío
desciende el rayo de la blanca luna.
Así, en las horas de celeste calma

5

Y dulce desvarío,
hay en mi alma una gota de tu alma
donde se baña el pensamiento mío.

Semejanzas

Brisa que en medio de la selva canta,
apacible rumor del oleaje,
es el susurro de su blanco traje
al deslizarse su ligera planta.
Luz de la estrella que al caer la tarde

5

de moribunda palidez se viste,
es el reflejo cariñoso y triste
que en los cristales de sus ojos arde.

Luna del seno de la mar naciente,
que va escalando, en silencioso vuelo,
10

y con tranquila majestad, el cielo,
es el relieve de su tersa frente.

Plácido arrullo, que ocultar no sabe
de la paloma la ignorada pena,
y en el silencio de los bosques suena,
15

es la armonía de su voz suave.

Cielo sin nubes que a la tierra envía
la luz y el fuego de su sol fecundo,
cielo sin nubes de un azul profundo,
es el cariño de la amada mía.

20

El seíbo

Yo tengo mis recuerdos asidos a tus hojas,
yo te aino como se ama la sombra del hogar,
risueño compañero del alba de mi vida,
seíbo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas a tu sombra,
5

pendiente de tus brazos mi hamaca guaraní,
eternas vibraciones dejaron en mi pecho,
tesoro de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,
tostada por el rayo del sol meridional,

10

brumosa con la niebla de luz del pensamiento,
buscó bajo tu copa frescura y soledad.

Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas,
teniendo por doseles tus flores de carmín,
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,

15

columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos, pidiéndoles apoyo,
mil suertes de lanas de múltiple color;
y abriendo victorioso tus flores carmesíes,
guirnalda de las islas, coronas su mansión.

20

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas
que en torno repetían las glorias de tu sien,
y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
lanzaba cual un manto de espumas a tu pie.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,

25

cargadas de perfumes, de cantos y de amor,
en que los vagos sueños que duermen en el alma
despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumores que viven en tus hojas,
confunden con las olas su música fugaz,

30

y se oyen de las aves los vuelos y los roces,
vagando entre las cintas del verde total.
¡Momentos deliciosos de olvido, de esperanza!
¡Destellos que iluminan la hermosa juventud!
¡Aquí es donde se sueña la virgen prometida

35

y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz!
Amigo de la infancia, te pido de rodillas
que el día en que a mi amada la sirvas de dosel,
me des una flor tuya, la flor mejor abierta,
para ceñir con ella la nieve de su sien.

40

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
señor de mis islas, señor del Paraná!

¡Que pueda con mis versos dejar contigo el alma
viviendo de tu vida, gozando de tu paz!

¡Ah! ¡Cuando nada reste de tu cantor y seas

45

su solo monumento, su pompa funeral,
yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco
alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!

1875.

Sombra

¿Has podido dudar del alma mía?

¿De mí que nunca de tu amor dudé?

¡Dudar! ¡Cuando eres mi naciente día,
mi solo orgullo, mi soñado bien!

¡Dudar! ¡Sabiendo que en tu ser reposa

5

cuanta esperanza palpitó en mi ser,
y que mis sueños de color de rosa
el ala inclinan a besar tu sien!

Por eso, lleno de profundo anhelo,
me oyó la tarde, divagando ayer,

10

decir al valle, preguntar al cielo:

¿Por qué ha dudado de mi amor, por qué?

La luz rosada de la tarde bella,

huyó a mis pasos para no volver;

y la naciente, luminosa estrella,

15

veló sus rayos para huir también.

Y mudo, triste, solitario, errante,

el alma enferma, por primera vez,

hundí en la sombra, y se apagó un instante

la luz celeste de mi antigua fe.

20

Perdido en medio de la noche en calma,

brumoso el río que nos vio nacer,

de alzar el vuelo a la región del alma

sentí la viva, la profunda sed.
¡Fugaz deseo! Tu inmortal cariño

25

ardió en la noche, y en su llama cruel
la mariposa de mi amor de niño
quemó sus alas y cayó a tus pies.

A una poetisa lusitana

Pues las pides, en tu busca
van mis flores ignoradas,
con su modesto perfume
y risueñas esperanzas.

No temas, no, que en sus hojas

5

tu labio encuentre al besarlas,
ni punzadoras espinas,
ni amarga ofrenda de lágrimas.

No temas, porque han crecido
bajo el amparo del alba,

10

a la margen de mis ríos,
mirando cielos de nácar.

En sus diversos colores
y en su pureza sin mancha,
llevan débiles reflejos

15

de los astros de mi patria.
Son humildes, pero tienen
infantiles arrogancias,
cierto orgullo de ser hijas
predilectas de la Pampa

20

y celosas mensajeras

de mi tierra americana.

Si los vientos de la Europa,

desdeñosos, sesga el ala,
no acarician nunca el seno
25

de mis pobres expatriadas,
guárdalas en tu santuario,
tierna virgen lusitana,
guárdalas para corona
de tus sienes inspiradas,
30

donde, lejos de mi tierra,
vivan cerca de tu alma.
Si en las tardes del Mondego,
o del Duero en las mañanas,
estremece tu alma virgen
35

tierna música de cañas,
y del nido de tus labios
vuela en versos tu plegaria,
acuérdate del que un día,
en las márgenes del Plata,
40

enseñó tu dulce nombre
a las cuerdas de su arpa.
1875.

Hojas

¿Ves aquel sauce, bien mío,
que, en doliente languidez,
se inclina al cauce sombrío,
enamorado tal vez
de las espumas del río?
5

¿Oyes el roce constante
de su ramaje sediento,
y aquel suspiro incesante

que de su copa oscilante
arranca tímido el viento?

10

Mañana, cuando sus rojas
auroras pierda el estío,
lo verás, húmedo y frío,
ir arrojando sus hojas
sobre la espuma del río;

15

¡Y que ella, en rizos livianos
llevando la hoja caída,
las selvas cruza y los llanos...
para dejarla sin vida
en los recodos lejanos!

20

¡Ah! ¡cuán ingrata serías,
y cuán hondo mi dolor,
si estas hojas, que son mías,
abandonara, ya frías,
como la espuma, tu amor!

25

Un cuento de las olas
A Celmira Jurado
¿Quién no ha visto en las orillas
del hermoso Paraná,
esa banda, siempre verde,
siempre móvil del juncal?
En las horas de la siesta,

5

cuando todo duerme en paz,
en las cuerdas de esa lira
van las olas a cantar.

Almas buenas y sencillas,
venid todas, y escuchad

10

lo que dicen esas olas
en el arpa del juncal.
Cuando el delta en muda calma
bajo el sol de Enero está,
y el silencio es más sensible

15

porque arrulla la torcaz,
Ellas cuentan una historia
que repiten sin cesar,
una historia en que hay un nido
y un cantor del Paraná.

20

Sucedió que en varios juncos
reunidos en un haz,
con totoras y hojas secas
hizo nido un cardenal.
¡Con qué orgullo miró el ave,

25

bajo el sol primaveral,
sobre el agua movediza
columpiándose, su hogar!
Una rama de un seíbo,
inclinada hacia el raudal,

30

le dio sombras, flores rojas...
cuanto un árbol puede dar.
Y extendiendo hasta aquel nido
largo vástago un rosal,
fue en sus bordes, la mejilla

35

de una rosa a reclinar.
¡Qué contenta estaba el ave!
¡Qué prodigio musical

era entonces su garganta!
¡Qué inquietudes y qué afán!...

40

Pasó el tiempo. En el estío
los polluelos no son ya
tan pequeños, y hasta suelen
breves trinos ensayar.

Pero el río fue creciendo,

45

fue creciendo más y más,
y hubo un día en que una ola
saltó al seno del hogar.

¡Qué aleteos bulliciosos
les produjo el golpe audaz!...

50

siempre ha sido de la infancia
festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
una tarde hirió la faz,
con el choque de sus alas,

55

del soberbio Paraná;
Y las olas, irritadas,
empinándose a luchar,
en espuma convirtieron
su serena majestad.

60

¡Cómo duermen los pequeños
mientras brama el huracán
y las ondas los salpican
con su polvo de cristal!

Se vio el nido estremecerse,

65

y a su empuje, vacilar,

mas sus crestas no alcanzaron
a la altura del juncal.

Pues si el río fue creciendo
cada día más y más,

70

él también fue levantando
sus varillas a la par.

Almas buenas y sencillas
que en la tierra hacéis hogar,
elegidlo con la ciencia

75

del pintado cardenal.

1882.

Visión

Se sueña, se presiente, se adivina,
estremécese el labio y no la nombra;
el alba la ve huir de la colina
velada entre los pliegues de la sombra.

Espira el melancólico perfume

5

de la rosa en un féretro olvidada;
se deshace en incienso, se consume
a la rápida luz de una mirada.

Hermana de la tarde, pensativa
en el fondo del valle resplandece;

10

un instante deslumbra, y fugitiva
en el pálido azul se desvanece.

1871.

Primavera

Comenzaba a reír la primavera
cuando, por vez primera,
casi niños los dos nos conocimos;
y llegaron las horas venturosas

que, abiertas con las rosas,

5

crecieron a la par con los racimos.

Radiaba de su cándida belleza

aquel fulgor que empieza

a derramar el sol en la alborada,

que, al sonrosar la juventud naciente,

10

es rubor en la frente

y rayo de pasión en la mirada.

Yo la dije mi amor el primer día,

(Que entonces no sabía

ahogar el corazón dentro del pecho),

15

vagando por las sendas arboladas

y frescas enramadas

donde se eleva su paterno techo.

Ella oyó mis palabras indecisa,

mas su dulce sonrisa

15

trocó de pronto en gravedad severa;

y tomando un camino sombreado,

se alejó de mi lado

desdeñosa, es verdad, pero hechicera.

¡Oh, qué interno y cruel remordimiento

20

nubló mi pensamiento!

juré, inocente, mi futura enmienda;

y, hundido de mi culpa en el abismo,

huyendo de mí mismo,

tomé del bosque por contraria senda.

25

¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones

amargas decepciones!

¡Cómo desmaya el corazón herido!
¡Cómo en torno parece que se siente
un sollozo doliente

30

que se estrella perenne en el oído!
"¡Ah! ¿por qué fui con ella tan osado?
Decía despechado.

¿Por qué no supe respetar la calma
de su inocente juventud dormida,

35

y al lago de esa vida
como una piedra desplomé mi alma?"

Y vagaba, vagaba a la ventura,
como en la selva oscura
ave extranjera demandando abrigo,

40

cuando al doblar la senda tortuosa,
¡casualidad dichosa!

Yo me encontré con ella, ella conmigo.
Sentí vergüenza, irritación, desprecio
de mi arrebato necio;

45

y si postrado no caí de hinojos
y hasta sus plantas no llegué sumiso,
fue porque ella no quiso
llamarme, cual solía, con los ojos.

No: sin mirarme atravesó el camino;

50

y de un rosal vecino,
una flor escogió, fresca y lozana,
una rosa encendida, que no era
sólo copia hechicera,
sino también de su mejilla hermana.

55

Pero cuando, al ponerla en su cabello,
su rosado destello
se derramó sobre su sien de armiño,
¡ciego, loco tal vez, aunque no absuelto,
me adelanté, resuelto

60

a ofenderla otra vez con mi cariño!
Al sentirme llegar, alzó la frente,
y casi indiferente,
como el que al bien una venganza inmola,
me dijo, el bello rostro sonreído:

65

-"Creerás?... No te he sentido.
¿Por qué te apartas y me dejas sola?"
No supe contestarla. Aquel acento...
mi corazón, sediento
de las visiones que creó soñando...

70

el reciente dolor... la ofensa impía...
¡Ay! ¡Toda el alma mía
estalló en su presencia sollozando!
Y ella también, su juvenil cabeza,
más bella en su tristeza,

75

sobre mi pecho abandonó, llorosa;
y en aquel arrebato delirante,
quedó por un instante
bajo mis labios la encendida rosa.
-"Tómala, es toda tuya", me decía

80

cuando en suave alegría
nuestro primer dolor se hubo trocado;
y desde entonces, dichas me parecen
enjos que florecen

no bien con dulce llanto se han regado.

85

Ofrenda

¡Ah! Yo que en torno de tu sien he visto
perennemente suspendida el alba,
y encenderse en el cielo de tus ojos
como una estrella el esplendor de tu alma,
he querido mi ofrenda de poeta

5

consagrar a tu imagen solitaria,
azucena de luz, donde mi espíritu
posó temblando sus ligeras alas.

La sombra del sauzal

Brinda albergue sin igual,
en las siestas del estío,
a las márgenes del río
melancólico sauzal.

Todo tiene allí la unción

5

de lo eterno y lo distante,
y hay un aura refrescante
que acaricia el corazón.

De las ramas, enarcadas
bajo el peso de los nidos,

10

vuelan trémulos gemidos
y penumbras sonrosadas.
Sin el ¡ay! De las congojas,
sin lo amargo de la pena,
habla el eco que allí suena

15

el lenguaje de las hojas.

¡El lenguaje cuya inquieta
voz vibrante y sin aliño,

dialogaba desde niño
con mis sueños de poeta!

20

Sed de amor y de reposo
el espíritu allí siente,
difundido en el ambiente
como un hálito glorioso.

No han soñado el ideal

25

ni su encanto conocieron,
los que nunca se adurmieron
a la sombra del sauzal.

Blanca virgen, que no esquiva
las caricias de su dueño,

30

al conjuro de un ensueño
se adelanta pensativa.

Aura errante, placentera
mueve la onda luminosa
de su rubia., de su hermosa

35

desbordada cabellera.

En la sombra se adivina
el destello que la inunda,
y espumosa la circunda
la flotante muselina.

40

Suele a veces levantar
a los cielos la mirada,
como tórtola agitada
por el ansia de volar.

Y las ramas, que la ven

45

palpitante, de la altura

caen en arcos de verdura
sobre el arco de su sien.

Y rendidas a su imperio,
bulliciosas la consultan,

50

y la elevan, y la ocultan
en el seno del misterio...

¡Ah! ¡Su imagen celestial

es un sueño del estío:

luz y niebla de algún río,

55

divagando en el sauzal!

1877.

Basta y sobra

¿Tú piensas que te quiero por hermosa,

por tu dulce mirar,

por tus mejillas de color de rosa?

Sí, por eso y por buena, nada más.

¿Que entregada a la música y las flores,

5

no aprendes a danzar?

Pues me alegra, me alegra que lo ignores

yo te quiero por buena, nada más.

¿Que tu ignorancia raya en lo sublime,

de Atila y Genjis-Khan?

10

¡Qué muchacha tan ciega!... Pero, dime:

¿Si lo supieras, te querría más?

Bien se están con su ciencia los doctores

la tuya es el hogar;

los niños y la música y las flores,

15

bastan y sobran para amarte más.

A una niña en su álbum

¿Versos? ¡y tienes dieciséis años!

Mira, los versos mejores son
no tener penas ni desengaños,
vivir esclava de una ilusión.

Cantos alados, rimas inquietas,

5

desde tu seno vienen a mí:
más que en la lira de los poetas,
hay armonías dentro de ti.

Deja que vuele tu fantasía,
pon en sus alas todo tu ser,

10

que allí se encuentra la poesía
donde va el alma de una mujer.
Nunca las bellas formas ligeras
que los poetas hacen vivir,
vierten la lumbre de esas quimeras

15

que hay en el fondo del porvenir.
Duérmete, y sueña. Mientras reposas,
verás cual vuelan en derredor,
como un enjambre de mariposas,
tus ilusiones de flor en flor.

20

Hay en la vida sólo una hora
de inexplicable santa embriaguez,
y es cuando el alma como una aurora
rompe las sombras de la niñez.

Se aclaran, brillan los horizontes

25

sienten las selvas vaga inquietud
florece el día sobre los montes;

¡Ama y palpita la juventud!

¡Santos delirios! De esos engaños

huye vencida la inspiración:

30

cuando se tienen tan pocos años,
no hay mejor lira que el corazón.

1879.

El nido de boyeros

A Mercedes Obligado

Yo conozco en las islas un arroyo
eternamente límpido y sereno,
que parece, tendido entre los sauces,
larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas

5

del camalote azul bajo el reflejo,
y del rosal silvestre se iluminan
al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña
de trece años lo más, quizá de menos,

10

muy dada a pasear por el arroyo
tranquilo de mi cuento.

Se la ve en la canoa, (una canoa
pequeña y blanca, con filetes negros),
reclinada en la popa, y con la pala

15

que la sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente
por la margen, la lleva su deseo
a elegir una flor, y va regando
las aguas con sus pétalos.

20

Otras, impulsa con vigor la pala,
quedan detrás girando mil hoyuelos,
y al aire se desatan en manojos

sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas

25

sus gritos y sus risas, que los ecos
con musical cadencia desparraman
vibrantes a lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,
sobre la falda atravesado el remo;

30

y tal, semeja un cisne que dispone
las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,
fingiéndose enojada, con el dedo;
del recodo inmediato, vuelve el rostro

35

y me grita: "¡hasta luego!"

Pero ayer sucedió que mientras iba
buscando sombras para el sol de Enero,
vio colgado a un laurel, sobre las aguas,
un nido de boyeros.

40

Era hermoso, en verdad: resplandecían
las fibras del cardón en largo cesto,
y al rumor del laurel se columpiaba
con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pie sobre la popa,

45

tendió los brazos a bajarlo en ellos,
pero desviole el nido una imprevista
trepidación del viento.

Ya las mangas caídas, los desnudos
mórbidos brazos levantó de nuevo,

50

y, balanceada entonces la canoa,

la derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,
golpeó fuerte el corazón el pecho,
y alzó la pala a derribar el nido,

55

con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave
negra y brillante, reposó su vuelo;
y por todas las islas resonaron
los cantos del boyero.

60

Llevó la joven al cantor los ojos,
bajó la pala y escuchó en silencio...
¡Qué intensas van las amorosas notas
de las niñas al seno!

Oyó después, cuando callada el ave,

65

embebecida se quedó un momento,
salir del nido un delicioso y blando
susurro de polluelos.

-¡Ah, no duermen!" se dijo, y con la pala
ingenuamente se entregó a mecerlos...

70

Pero vióme de pronto, y encendida
abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,
al volver lentamente de regreso,
no me quiere mirar, ni me amenaza

75

como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,
valiente remadora de ojos negros.

No dormirás ya en paz, porque conoces
el nido de boyeros.

80

Acuarela

Es la mañana: nardos y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.

Una niña madrugadora

5

va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,

10

gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores

15

vuelve a los brazos de su mamá.
Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

20

Al partir

¿Es verdad que te ausentas de la patria
donde a la aurora, por primera vez,
el sol de Mayo te envolvió en su lumbre
y allá en la cuna te besó la sien?

¿Es verdad que te apartas de ese nido

5

en cuyos bordes, aleteando ayer,

ensayaba su vuelo sobre el mundo
la bulliciosa y virginal niñez?
¡Ah! ¡Si vas a partir, no habrás podido
mirar el cielo sin llorar después!

10

¡Esas nubes que pasan, nadie sabe
si cuando vuelvas volverán también!...

De la tierra extranjera el horizonte,

¡Cuán triste, opaco y silencioso es!

¡Y cuán lleno de luces y armonías,

15

el alto cielo que nos vio nacer!

¡Ah! Cuando sientas que te oprime el alma,

con férrea mano, la ansiedad cruel,

¡tórtola! ¡vuelve las ligeras alas,

y al dulce nido de tu infancia ven!

20

1877.

Santos Vega

Tradiciones argentinas

Santos Vega el payador,

aquel de la larga fama,

murió cantando su amor

como el pájaro en la rama.

Cantar Popular.

I

El alma del payador

Cuando la tarde se inclina

sollozando al occidente,

corre una sombra doliente

Sobre la pampa argentina,

y cuando el sol ilumina

5

con luz brillante y serena

del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

10

Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna,
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo

15

va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

20

Dicen que, en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada

25

y, al envolverla en su manto,
suena el prelude de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

30

Cuentan que, en noche de aquellas
en que la Pampa se abisma
en la extensión de sí misma
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,

35

donde hay más trébol risueño,
luce una antorcha sin dueño
entre una niebla indecisa,
para que temple la brisa
las blandas alas del sueño.

40

Mas, si trocado el desmayo
en tempestad de su seno,
estalla el cóncavo trueno,
que es la palabra del rayo,
hiere al ombú de soslayo

45

rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.

50

Cuando, en las siestas de estío,
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río;
mudo, abismado y sombrío,

55

baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
¡y hunde su potro en las olas,
con la guitarra a la espalda!

60

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,

viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
65

siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
"¡El alma del viejo Santos!"

70

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que el payador ha nutrido,
beso este suelo querido

75

que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
¡la tierra de Santos Vega!

80

II

La prenda del payador
El sol se oculta: inflamado
el horizonte fulgura,
y se extiende en la llanura
ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,

85

y del inmenso circuito
no llega al alma otro grito
ni al corazón otro arrullo,
que un monótono murmullo,
que es la voz de lo infinito.

90

Santos Vega cruza el llano,
alta el ala del sombrero,
levantada del pampero
al impulso soberano.

Viste poncho americano,

95

suelto en ondas de su cuello,
y chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol poniente
con el último destello.

100

¿Dónde va? Vese distante
de un ombú la copa erguida,
como espiando la partida
de la luz agonizante.

Bajo la sombra gigante

105

de aquel árbol bienhechor,
su techo, que es un primor
de reluciente totora,
alza el rancho donde mora
la prenda del payador.

110

Ella, en el tronco sentada,
meditabunda lo espera,
y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.

Le ve venir: su mirada,

115

más que la tarde, serena,
se cierra entonces sin pena,
porque es todo su embeleso

que él la despierte de un beso
dado en su frente morena.

120

No bien llega, el labio amado
toca la frente querida,
y vuela un soplo de vida
por el ramaje callado...

Un ¡ay! Apenas lanzado,

125

como susurro de palma
gira en la atmósfera en calma;
y ella, fingiéndole enojos,
alza a su dueño unos ojos
que son dos besos del alma.

130

Cerró la noche. Un momento
quedó la Pampa en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento.

Luego, en el dulce instrumento

135

vibró una endecha de amor,
y, en el hombro del cantor,
llena de amante tristeza,
ella dobló la cabeza
para escucharlo mejor.

140

"Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
que con la noche sombría
huye al venir la mañana;
soy la luz que en tu ventana

145

filtra en manojos la luna;

la que de niña, en la cuna,
abrió tus ojos risueños;
la que dibuja tus sueños
en la desierta laguna".

150

"Yo soy la música vaga
que en los confines se escucha,
esa armonía que lucha
con el silencio, y se apaga;
el aire tibio que halaga

155

con su incesante volar,
que del ombú, vacilar
hace la copa bizarra;
¡y la doliente guitarra
que suele hacerte llorar!..."

160

Leve rumor de un gemido,
de una caricia llorosa,
hendió la sombra medrosa
crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido

165

de rotas cuerdas se oyó
un remolino pasó
batiendo el rancho cercano;
y en el circuito del llano
todo en silencio quedó.

170

Luego, inflamando el vacío,
se levantó la alborada,
con esa blanca mirada,
que hace chispear el rocío
y cuando el sol en el río

175

vertió su lumbre primera,
se vio una sombra ligera
en occidente ocultarse,
y el alto ombú balancearse
sobre una antigua tapera

180

III

La muerte del payador
Bajo el ombú corpulento,
de las tórtolas amado,
porque su nido han labrado
allí al amparo del viento;
en el amplísimo asiento

185

que la raíz desparrama,
donde en las siestas la llama
de nuestro sol no se allega,
dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

190

En los ramajes vecinos
ha colgado, silenciosa,
la guitarra melodiosa
de los cantos argentinos.

Al pasar los campesinos

195

ante Vega se detienen;
en silencio se convienen
a guardarle allí dormido;
y hacen señas no hagan ruido
los que están a los que vienen.

200

El más viejo se adelanta

del grupo inmóvil, y llega
a palpar a Santos Vega,
moviendo apenas la planta.

Una morocha que encanta

205

por su aire suelto y travieso,
causa eléctrico embeleso
porque, gentil y bizarra,
se aproxima a la guitarra
y en las cuerdas pone un beso.

210

Turba entonces el sagrado
silencio que a Vega cerca,
un jinete que se acerca
a la carrera lanzado;

retumba el desierto hollado

215

por el casco volador;
y aunque el grupo, en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía,
y sacude al payador.

220

Recién el rostro sombrío
de aquel hombre mudos vieron,
y, observándole, sintieron
temblar las carnes de frío.

Miró en torno con bravío

225

y desenvuelto ademán,
y dijo: -"Entre los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan".

230

Alzó Vega la alta frente,
y le contempló un instante,
enseñando en el semblante
cierto hastío indiferente.

- "Por fin, dijo fríamente

235

el recién llegado, estamos
juntos los dos, y encontramos
la ocasión, que éstos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos".

240

Así diciendo, enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos
preludiando se sentó.

Vega entonces sonrió,

245

y al volverse al instrumento,
la morocha hasta su asiento
ya su guitarra traía,
con un gesto que decía:
"La he besado hace un momento".

250

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
comenzó por un ligero
dulce acorde que encantaba.

Y con voz que modulaba

255

blandamente los sonidos,
cantó tristes nunca oídos,
cantó cielos no escuchados,

que llevaban, derramados,
la embriaguez a los sentidos.

260

Santos Vega oyó suspenso
al cantor; y toda inquieta,
sintió su alma de poeta
como un aleteo inmenso.

Luego, en un prelude intenso,

265

hirió las cuerdas sonoras,
y cantó de las auroras
y las tardes pampeanas,
endechas americanas
más dulces que aquellas horas.

270

Al dar Vega fin al canto,
ya una triste noche oscura
desplegaba en la llanura
las tinieblas de su manto.

Juan Sin Ropa se alzó en tanto,

275

bajo el árbol se empinó,
un verde gajo tocó,
y tembló la muchedumbre,
porque, echando roja lumbre,
aquel gajo se inflamó.

280

Chispearon sus miradas,
y torciendo el talle esbelto,
fue a sentarse, medio envuelto
por las rojas llamaradas.

¡Oh, qué voces levantadas

285

las que entonces se escucharon!

¡Cuántos ecos despertaron
en la Pampa misteriosa,
a esa música grandiosa
que los vientos se llevaron!

290

Era aquella esa canción
que en el alma sólo vibra,
modulada en cada fibra
secreta del corazón;
el orgullo, la ambición,

295

los más íntimos anhelos,
los desmayos y los vuelos
del espíritu genial,
que va, en pos del ideal,
como el cóndor a los cielos.

330

Era el grito poderoso
del progreso, dado al viento;
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.

Era, en medio del reposo

305

de la Pampa ayer dormida,
la visión ennoblecida
del trabajo, antes no honrado;
la promesa del arado
que abre cauces a la vida.

310

Como en mágico espejismo,
al compás de ese concierto,
mil ciudades el desierto
levantaba de sí mismo.

Y a la par que en el abismo

315

una edad se desmorona,
al conjuro, en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan Sin Ropa
era la ciencia en persona.

320

Oyó Vega embebecido
aquel himno prodigioso,
e, inclinando el rostro hermoso,
dijo: -"Sé que me has vencido".

El semblante humedecido

325

por nobles gotas de llanto,
volvió a la joven, su encanto,
y en los ojos de su amada
clavó una larga mirada,
y entonó su postrer canto:

330

- "Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía;
adiós, mi única alegría,

335

dulce afán de mi existir
Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,
el momento de morir".

340

Aun sus lágrimas cayeron
en la guitarra, copiosas,
y las cuerdas temblorosas

a cada gota gimieron
pero súbito cundieron
345

del gajo ardiente las llamas,
y trocado entre las ramas
en serpiente, Juan Sin Ropa,
arrojó de la alta copa
brillante lluvia de escamas.

350

Ni aún cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo;
pero un viejo y noble abuelo,

355

así el cuento terminó:
-"Y si cantando murió
aquel que vivió cantando,
fue, decía suspirando,
porque el diablo lo venció"

360

El canto de las olas

Deviller

Hijas volubles de la mar, tenemos
caprichos y caricias de mujer:
hijas volubles de la mar, sentimos
sus cóleras arder.

Cual las jóvenes madres en su seno,

5

de vida henchido y amorosa fe,
mecen, gimiendo de ternura, al niño
que acaba de nacer;
Así, con suave ondulación, mecemos
en nuestros brazos al gentil bajel,

10

mientras lo impulsa a la remota playa
nuestro eterno vaivén.

Pero a veces, en cólera encendidas,
cómplices ¡ah! Del huracán soez,
como juguetes frágiles, hacemos

15

los mástiles caer.

Y allá, en la airada tempestad, abrimos
negras tumbas del náufrago a los pies,
que alza sus brazos a los dioses... ¡y ellos
no lo escuchan ni ven!

20

Viejas ya sobre el mundo, y siempre jóvenes,
guardianes del abismo, hoy como ayer,
mudo vela el secreto de sus antros
nuestro silencio fiel.

Sirenas encantadas, atraemos

25

a los que tienen, en su extraña sed,
esta mar voluptuosa por querida
y el cielo por dosel.

Y siempre, siempre en los futuros siglos,
cuando la tierra muera de vejez,

30

nuestros cantos de amor oirá la tarde,
¡y de muerte también!

¡Hijas volubles de la mar, tenemos
caprichos y caricias de mujer:

hijas volubles de la mar, sentimos

35

sus cóleras arder!

Estrofas

Bien pronto, hermosa, y con risueño orgullo,

de los quince años en la edad florida,
de tu belleza se abrirá el capullo
a los cálidos vientos de la vida.

Y cual banda de azules mariposas

5

que el aire abate sobre el valle ameno,
las ilusiones bajarán radiosas
en ledos enjambres a acariciar tu seno.

¡Las ilusiones, que en las noches bellas,
con alas invisibles se adelantan,

10

y secretos que saben las estrellas
en los oídos de las niñas cantan!

Placer y pena sentirás y enojos,
a los contentos mezclarás dolores;
se llenarán de lágrimas tus ojos

15

para regar de tu pasión las flores.
Feliz te harán las lágrimas lloradas,
porque en la edad a que triunfante subes,
son los dolores nubes sonrosadas,
y las lágrimas, gotas de esas nubes.

20

1874.

Nocturno

¡Oh! Dulce amiga del triste,
ligera brisa nocturna,
que vas diciendo a las flores
lo que otras flores pronuncian
¡Infatigable viajera

5

que en la sombría espesura
vuelas, contando a las hojas
lo que otras hojas susurran!

¡Errante soplo, que ríos
y mares rápido cruzas,
10

para confiar a las olas
lo que otras olas murmuran!
¡Ah! ¡ven a mí, pues repites
cuanto en las sombras escuchas,
ven a decir a mi alma

15
lo que en otra alma se oculta!
¿Acaso llora en silencio
lágrimas ¡ay! de ternura,
y mira inmóvil los astros
como el ciprés de las tumbas?

20
¿Acaso, puesta de hinojos,
las manos trémulas juntas,
está rogando al Dios bueno
que nos proteja y nos una?
¡Oh, ¡dulce amiga del triste,

25
ligera brisa nocturna,
que vas batiendo las alas
entre la sombra confusa!
Dila que siempre en mi oído
su voz dulcísima arrulla;

30
que en el cristal de mi alma
es como un iris la suya;
¡Y que en la flor entreabierta
de la esperanza, se juntan,
como dos gotas de llanto,

35
como dos rayos de luna!

Sólo tú

Tú, que enjugas la lágrima vertida,
por la miseria y la orfandad, y tienes
para todos los males de la vida
la desbordante copa de los bienes;
Tú, que has nacido para hollar triunfante

5

de los salones la mullida alfombra,
y desdeñando tu victoria, errante
vas a buscar al huérfano en la sombra:

Tú, que abates do quiera los dolores,
que en toda noche viertes un destello,

10

y eres pródiga, en fin, como las flores,
que dan su aroma sin pensar en ello;

Tú eres mi amada, la visión celeste
a quien he dado del amor la ofrenda,
y cuya blanca y vaporosa veste

15

cruzar he visto por mí misma senda.

Al poeta americano Numa Pompilio Llona

Autor de la Odisea del alma

Aún resuena en el fondo de mi pecho

ese apóstrofe inmenso de tu alma

¡Aún chispea mi espíritu, encendido

en el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego del genio me circunda,

5

hoy que azota mi frente con sus llamas,

¡cómo laten mis sienes! ¡cómo hierve

tumultuosa mi sangre americana!

¿Qué volcán, en los Andes inflamado,

dio a tu pecho el aliento con que abrasas

10

y qué eléctrica nube tempestuosa,
la tremenda explosión de la borrasca?
¿En qué selva del trópico lujoso,
en qué oculta sonora catarata,
aprendiste la música sublime

15

que en tus versos suspende y embriaga?
¡Oh, dimelo, poeta!.. Muchas veces,
en las llanuras de mi hermosa patria,
he ofrecido a los vuelos del pampero,
para arrancarle su rugido, el arpa.

20

¡Vano empeño! Jamás la lira mía
exhaló de sus cuerdas agitadas
ardiente grito, como aquel que rompe
de la imponente soledad la calma.
¡Dime, cóndor audaz del pensamiento,

25

en qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
esos tintes de espléndida belleza,
que yo puedo tender allí mis alas!
Sí; yo siento también, como tú sientes,
de la suprema inspiración las ansias;

30

¡un incendio en mí mismo, que deslumbra
como un astro deshecho en llamaradas!
¡Y, admirando la lira de la Grecia,
que las piedras y fuentes apartaba,
he soñado el poeta a cuyo acento

35

se suspenda en silencio el Tequendama!
¡El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,
que recorra sus sendas ignoradas
con el alma de América en los labios,

con el fuego de Dios en la mirada!

40

¡El Homero, cantor de sus victorias,
que, por cima del humo y la metralla,
clave audaz en el Sol nuestra bandera;
en el Sol, que es la cuna de Atahualpa!

¡Ah! ¡Tal vez eres tú! Quizá en tu lira

45

duermen todos los himnos que levanta
de su hirviente cristal, el Amazonas;
de su oleaje turbulento, el Plata;
Quizá duermen los genios que suspiran
del argentino Paraná en las playas;

50

los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
¡deslumbrante diadema al Aconcagua!
Quizá gimen los vientos, ¡ay!, los vientos
cargados con las sombras y las lágrimas
que las nubes del cielo de la América

55

dejan caer en las dolientes huacas
¡Y resuena el magnífico concierto
de tu espléndida tierra ecuatoriana,
allí donde se yergue el Chimborazo
y el Sol del Inca a coronarle baja!...

60

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento
dígnate descender hasta mi estancia:
¡Que yo toque contigo las estrellas,
aunque ruede después bajo tus alas!

1876

Adolescente

¡Lejos se oculta a mis ojos,
lejos se oculta mi vida,

copo de espuma llevado
por las corrientes dormidas!
Su blanca imagen las horas

5

de mi pasado ilumina,
vagando lejos, vagando
por las barrancas floridas.
Allí el rumor de sus pasos
en las quebradas palpita,

10

y de su falda el susurro
vuela temblando en las brisas.
¡Allí, como antes, renacen
y la hondonada tapizan,
aquellas flores, aquellas

15

de sus desvelos de niña!
Aún sueño verla inclinada
en la gredosa colina,
donde, en las tardes de Octubre,
iba a juntar margaritas.

20

Las agrupaba en su sello,
luego a mi encuentro venía,
de su sombrero de paja
volando al aire las cintas.
-"Son para ti, muchas veces

25

burlándose, repetía,
¿Ves?, las muy rojas son tuyas;
estas más claras son mías".

Iba a tomarlas, pero ella
las ocultaba, y decía:

30

- "Sobre mi seno se duermen
fuera de aquí se marchitan".

Y, vacilando, en la puerta
de la paterna capilla:

- "Hoy no son nuestras las flores,

35

son de la Virgen María...".

¡Lejos se oculta a mis ojos,

lejos se oculta mi vida,

copo de espuma llevado

por las corrientes dormidas!

40

¡Guardan los bosques cercanos

recuerdos de ella en ruinas

los vicios nidos, los dueños

de sus primeras caricias!

Sí, pero faltan les aves

45

que, pequeñuelas, solían

entre sus manos de nieve

batir las pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano

las baña el sol de la dicha,

50

y no se acuerdan de aquella

que las bañaba en sonrisas.

Mas, aunque ingratas la olviden,

está su nombre en mi lira,

y en su inocente recuerdo

55

mi pensamiento se abisma.

1877.

La flor del seño

Al poeta Calixto Oyuela

Quiero realce su gentil figura
la túnica sencilla y elegante
con que se adorna y viste la hermosura.

C. Oyuela.

Tú "Flor de la caña",
o Plácido amigo,
no tuvo unos ojos
más negros y lindos,
que cierta morocha

5

del suelo argentino
llamada... Su nombre
jamás lo he sabido;
mas, tiene unos labios
de un rojo tan vivo,

10

difúndese de ella
tal fuego escondido,
que aquí, en la comarca,
la dan los vecinos
por único nombre,

15

la flor del seíbo.

Un día, -una tarde
serena de estío-,
pasó por la puerta
del rancho que habito.

20

Vestía una falda
ligera de lino;
cubríasela el seno,
velando el corpiño,
un chal tucumano

25

de mallas tejido;
y el negro cabello,
sin moños ni rizos,
cayendo abundoso,
brillaba ceñido

30

con una guirnalda
de flor de seíbo.

Mirela, y sus ojos
buscaron los míos...

Tal vez un secreto

35

los dos nos dijimos,
porque ella, turbada,
quizá por descuido
su blanco pañuelo
perdió en el camino.

40

Corrí a levantarlo,
y al tiempo de asirlo,
el alma inundome
su olor a tomillo.

Al dárselo, "gracias,

45

mil gracias" -me dijo,
poniéndose roja
cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
pequé de atrevido,

50

pero ello es lo cierto
que juntos seguimos
la senda, cubierta
de sauces dormidos;

y mientras sus ojos,

55

modestos y esquivos,

fijaba en sus breves

zapatos pulidos,

con moños de raso

color de jacinto,

60

mi amor de poeta

la dije al oído;

¡mi amor, más hermoso

fue flor de seíbo!

La frente inclinada

65

y el paso furtivo,

guardó aquel silencio

que vale un suspiro.

Mas, viendo en la arena

la sombra de un nido

70

que al soplo temblaba

del aire tranquilo,

- "Allí se columpian

dos aves, me dijo;

dos aves que se aman

75

y juntas he visto

bebiendo las gotas

de fresco rocío

que absorbe en la noche

la flor del seíbo",

80

Oyendo embriagado

su acento divino,

también, como ella,
quedé pensativo.

Mas, como en un claro

85

del bosque sombrío,
se alzara, ya cerca,
su hogar campesino
detuvo sus pasos,
y, llena de hechizos,

90

en pago y en prenda
de nuestro cariño,
hurtando a las sienas
su adorno sencillo,
me dio, sonrojada,

95

la flor del seíbo.

1876.

Primera lágrima

Has llorado recién. ¿Por qué has llorado?

No me digas que no:

lo estoy viendo en tus ojos, lo estoy viendo
en tu mismo rubor.

Una niña es pimpollo a los quince años.

5

Quince años cumples hoy,
y olvidas que en las flores no hay más lágrimas
que el rocío de Dios.

Empero, no te aflijas; de ese llanto
conozco la razón:

10

una noche de insomnio, una quimera
celeste que pasó;

El alba en el espíritu; las sombras

girando en derredor;
raudales que de súbito despiertan

15

la sed del corazón...
¿Y por eso has llorado? Así es la vida
en su primer albor:
un crepúsculo azul donde batalla
la noche con el sol.

20

No te asuste la lucha. Verás luego,
del cielo en la extensión,
desplegarse en las nubes las banderas
del astro vencedor.

Seca, pues, en tus ojos esas lágrimas

25

que la ansiedad vertió;
para vencer las sombras de la vida
hay un astro: el amor.
Guarda el llanto en tus párpados de rosa,
que es tesoro de Dios,

30

como esconde la gota de rocío
en su seno, la flor.
No lo viertas en vano, porque un día,
¡Ay! Un día sin sol...
Pero ¿a qué entristecerte?... ¡No más penas!

35

¡Quince años cumple hoy!
1877.
Adiós
¡Adiós, hermana, adiós! El alma mía
vela de tu bajel sobre la popa,
como la blanca estrella que te guía
a las distantes playas de la Europa.

Ella, del mar en la rugosa frente,

5

aplacará las iras; y en su anhelo,

disipará las nubes de occidente

para que ría a tu mirada el cielo.

Ella, a la luz de la mañana hermosa,

que en los cristales de la mar se quiebra,

10

te ceñirá a la frente generosa

vivo rayo de sol, hebra por hebra.

Y ella será también la que consuele

las amarguras de tus noches solas,

mientras la nave destrozando vuela

15

el arco móvil de las blandas olas.

¡Adiós, hermana, adiós! Alma sincera

donde la santa caridad se anida,

ese foco de luz que reverbera

en todas las tinieblas de la vida!

20

¡Oh, cuánto debo a tu piedad! Enfermo,

y triste y débil, en mi noche helada,

sobre mi pecho desolado y yermo

derramaste la fe de tu mirada.

Ningún gemido de dolor se escucha

25

desde entonces en él, y aunque enlutado,

tiene el noble valor para la lucha

que tu sencillo corazón le ha dado.

Canción materna, que en el aura inquieta

vuela a cerrar los párpados del niño,

30

tal era, en el insomnio del poeta,

el arrullo infantil de tu cariño.

Hoy no escucho esa voz. Sólo mi alma,
como la espuma con la brisa leda,
en cada ola de la mar en calma

35

bajo tus ojos pensativos rueda.
¿La ves? ¿la sientes? De la mar vecina.
¿No llega a ti su celestial plegaria?
-"¡Protégela, Señor!, ¡es peregrina,
y va enferma y doliente y solitaria!"

40

1878.

El naranjo y el cedro

Leyenda bíblica

Era de la Creación el cuarto día:

la luz primaveral, tibia y rosada,
a torrentes sobre ella descendía
en ondas derramada.

Y era entonces tan puro el firmamento,

5

que, en presencia del sol y tras sus huellas,
agrupadas y en blando movimiento
lucían las estrellas.

Ya, agitando el cristal de sus entrañas,
los mares en su cuenca rebullían,

10

y se alzaban gigantes las montañas,
y los valles se hundían.

Y el Eterno sonrió: trémula y pura,
la tierra su sonrisa trocó en flores;
vistiéronse los montes de hermosura,

15

de selvas y de albores.

Dios entonces abarcó los horizontes
con su inmensa mirada: y se postraron

las hierbas y las selvas y los montes,
y su gloria cantaron.

20

Y al Cedro del Sanir, con voz suave
dijo el Naranjo del Edén: "¡Bendito
el Señor, que elevó tu cima grave
hasta el cielo infinito!

Tendió tus ramas de occidente a oriente,

25

dio a tu savia un espíritu ignorado,
y existencia inmortal. -¡Alza la frente,
o rey de lo creado!"

Y las cándidas flores se entreabrieron,
y las hierbas humildes se inclinaron,

30

y las selvas sonoras se mecieron,
y su gloria cantaron.

Las verdes ramas inclinando entonces,
le dijo el Cedro: "Tu belleza admira;
te dio el Eterno un pedestal de bronce

35

que incólume se mira.

Tus hojas hizo de esmeraldas; de oro,
tus dulces frutos; y en su amor profundo,
le dio su aroma al azahar. ¡Te adoro,
incensario del mundo!"

40

Y las cándidas flores se entreabrieron,
y las hierbas humildes se inclinaron,
y las selvas sonoras se mecieron,
y su gloria cantaron.

1875.

El hogar vacío

¡Ay! ¡Tu hogar está húmedo y sombrío

de tu encanto vacío,
de todos tus reflejos despojado!
¡El aire que agitaba tus cabellos,
como no juega en ellos,

5

circula entre los árboles callado!
Se caen marchitas al abrir las rosas
que, frescas y olorosas,
ayer reían en tus sienes bellas;
y crecen las acacias tan lozanas,

10

que cubren las ventanas
por donde nos miraban las estrellas.
Como uno y otro día no te vieron,
tus tórtolas huyeron,
aquellas que, amorosas y sencillas,

15

sobre tu casto seno se empinaban,
y tus labios besaban
golpeando con sus alas tus mejillas.
¡Quién sabe dónde están, a dónde han ido
a suspender su nido!

20

Extrañas son las que en el bosque moran,
las que se mecen en sus verdes cañas,
y a tu recuerdo extrañas,
las que en tu sauce predilecto lloran
Todavía aquel árbol eminente,

25

sobre el balcón saliente
deja, inclinado, que su copa oscile;
pero ya no entrelazan en los muros
sus vástagos oscuros
la madreSelva y el jazmín de Chile.

30

Crece hierba salvaje en las macetas,
colmadas de violetas,
que tú regabas al morir el día;
y ruedan por los patios desbandadas
las hojas arrancadas

35

de aquel naranjo que tu edad tenía.
Las limpias aguas del raudal cercano,
que en tu rosada mano
beber solías con afán sonriente,
cuando del linde de tu hogar se alejan,

40

parece que se quejan,
que van llorando por su dueña ausente.
¡Las olas son que en apacibles horas,
copiaron, seductoras,
de tu frente de niña la azucena!

45

¡Las mismas olas que no bien llegaban,
tendiéndose, buscaban
algún hoyuelo de tu pie en la arena!
Como en los días del ardiente Enero,
la jaula del jilguero

50

aún cuelga del parral, fresco y umbroso;
pero ¡ay!, en vez del que quisiste tanto,
hay otro cuyo canto
es un gemido de dolor medroso.
Así mi lira llorará tu ausencia.

55

Tu cándida existencia
cual blanca nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas...

los que nacen con alas,
¡Qué pronto suben de la tierra al cielo!

60

1880.

El manantial

Aquí, mirando el cristal
de tus aguas sin rumores,
soñaba en días mejores,
solitario manantial.

La luna, triste, vertía

5

su rayo sobre mi frente,
y en tu seno transparente,
deshecha, se difundía.

El aura, tímida y grata,
llena de aromas distintas,

10

alzaba rápidas cintas
en tu círculo de plata.

Y entonces, la ola de armiño,
por tu disco resbalando,
te rodeaba suspirando

15

con el suspiro del niño.

¡Cuántos años han huido!

¡Cuánta pena tiene mi alma!

Y tú siempre, siempre en calma,
como ayer, adormecido.

20

Como antes, las margaritas
en tus orillas verdescen,
y extendiéndose, florecen
sobre tus aguas benditas.

Como antes, cándida y bella,

25

baja en la noche estival,
a bañarse en tu cristal,
la melancólica estrella.
Como antes, oculta aquí,
en el arbusto florido,

30

las dos perlas de su nido
el errante colibrí.
Así, en los años distantes
de la infancia, me reías...
¡Ah! ¡qué tiempos! ¡qué alegrías!

35

¡Sólo yo no estoy como antes!
Deja que bañe mi frente,
ya por el tiempo quemada,
en la linfa regalada
de tu seno transparente.

40

Y que en tus olas de armiño
vea las aves bañarse,
y como antes, reflejarse
mis ilusiones de niño.
Respiro en ti la fragancia

45

que yo aspiré alguna vez:
el aura de la niñez,
los recuerdos de la infancia.
Viene a herir mi fantasía,
a conmoverme un instante,

50

el beso tibio y fragante
de la dulce madre mía.
Y mis primeros amores,

que viven dentro de mi alma
como la savia en la palma

55

y la fragancia en las flores.

Por eso, como el zorzal
expatriado de su nido,
hoy te canto entristecido,
solitario manantial.

60

1873.

América

I

Para cantar de América la bella
la fe profunda y el amor que inspira,
para volcar el alma en vibraciones
como la vuelca en sus torrentes ella,
no hay notas en la lira,

5

ni férvidas canciones
en sus cuerdas, mojadas
con el llanto de cien generaciones.

El trueno del torrente,
del huracán el rápido estallido,

10

la tempestad enérgica y ardiente,
esconden en su entraña
el mágico sonido
que el alma busca, y en el aire siente,
para arrullar de América el oído.

15

Todo es gigante en su fecundo seno
su pasado, que vierte en la memoria
el rojizo esplendor de la centella,
o produce en el ánimo sereno

esa sed de admirar, que apenas sacia,

20

en raudales de luz, su misma gloria.

Todo es gigante en ella:

¡los héroes y la historia

y la sublime eterna democracia!

¡Ah! ¡Miradla pasar! ¡Esa bandera

25

que muestra sobre el polvo del camino

su regia pompa y majestad guerrera,

ondula el soplo del amor divino!

¡El porvenir la llama!

¡El porvenir, que abiertas

30

dejó a su marcha las doradas puertas

que injusto un día le cerró el destino!

Para animar su paso

y templar su valor en la batalla,

en la selva, en el monte,

35

y en el círculo azul del horizonte,

¡el himno inmenso de la vida estalla!

¡Ah! ¡Por eso, en la arena,

como un león en su salvaje lecho,

el Plata tiende su robusto pecho

40

y sacude bramando su melena!

¡Y por eso su espuma,

como rizada pluma,

agita el blando y sonoro Rímac,

el Niágara convulso se derrama,

45

y en tanto que susurra el Apurímac,

se despeña tronando el Tequendama!

II

Allá, yérguese altivo en su regazo
el viejo audaz de corazón de piedra,
a cuya cima ni la astuta hiedra

50

ha podido trepar, -¡el Chimborazo!
¡Su frente de granito
donde el sol de los trópicos chispea,
por cima de las nubes centellea
y parece horadar el infinito!

55

A solas con el cielo,
mira, a sus plantas dilatarse un mundo;
hervir los pueblos; reposar los mares;
tenderse por el suelo,
alfombra digna de sus pies, las selvas;

60

rodar por las montañas
de los torrentes los raudales fríos;
y desplegarse entre flexibles cañas,
la franja azul de los serenos ríos.
En derredor de la nevada cumbre,

65

fragancias tropicales
volando esparce el aromado viento
en las eternas nieves
refresca ansioso su abrasado aliento,
y las cuestas vecinas

70

bajando con sonoro movimiento,
se derrama por valles y colinas.
Sobre la altiva frente esplendorosa
del augusto titán americano,
viva aureola que en la sien gloriosa

75

de América se enciende,
es fama que del cielo ecuatoriano
el Sol del Inca a reposar desciende.
Un día... sólo un día,
se conmovió en su base sempiterna,

80

echó el manto de nubes a la espalda,
y tendió en la llanura de esmeralda
su mirada sombría.

Rivales de su gloria,
y midiendo su talla por su talla,

85

frente a frente tenía
a Bolívar, de fuego en la victoria,
y a San Martín, de bronce en la batalla.

III

¡Un gigante de pie, y otro caído!...
¡Mensajero eternal de la grandeza

90

con que Dios nuestra América ha vestido,
por las cálidas zonas,
radiante de belleza,
se tiende y se dilata el Amazonas!

Guirnalda de sus húmedas riberas,

95

cargadas de rumores,
los bosques, que los siglos no marchitan,
destrenzando sus verdes cabelleras
lo arrojan al pasar todas sus flores.

En el vasto paisaje

100

por sus rápidas ondas sacudido,
y del ave en el mágico plumaje,

el trópico derrama,
en soberbia explosión de colorido,
los mil cambiantes de su eterna llama.

105

El himno de las aves; de las flores
el beso soñoliento;
la palmera, que tiembla enamorada
bajo el ala del viento;
cuanto encuentra en su marcha dilatada,

110

cuanto guarda el edén de sus delicias,
al gigante enamora;
¡pero él sabe arrancarse a sus caricias,
lanzándose al oriente
como si fuera en busca de la aurora

115

para atarla al cristal de su corriente!

IV

¡Silencio y soledad, misterio y calma!...
lo infinito en la tierra y en el cielo;
la presencia de Dios dentro del alma;
¡la plenitud del vuelo!

120

La extensión y la faz del océano
en inmóviles ondas de verdura...

¡he ahí la llanura,
orgullo de la patria de Belgrano!

¡Amada del pampero,

125

ella guarda para él todas sus galas,
y él arrulla el silencio de sus horas
con la música eterna de sus alas
vibrantes y sonoras!

Al rayo de la luna,

130

sobre la verde y dilatada alfombra,
surgiendo del vapor de la laguna,
cruzar parece la doliente sombra
de Brian y de María...

¡Dulce amor del desierto!

135

¡Infinito del alma en lo infinito
de su imponente majestad sombría!
¡Cómo su vago resplandor incierto,
al corazón revela
que el espíritu aún de Echeverría

140

de loma en loma sollozando vuela!...
Los siglos, en su paso por el mundo,
no vertieron las fuentes de la vida
en el seno fecundo
de la Pampa dormida:

145

la hollaron en silencio... y en silencio,
al amparo de Dios, yace tendida.
¿Qué mano bienhechora
la arrancará al letargo de su sueño?

¿El rayo de qué aurora

150

disipará las sombras que la envuelven
y humillan con su peso?
La mano de sus hijos;
¡la aurora germinante del progreso!
Ella duerme y espera

155

del pueblo de su amor sentir la planta,
que a través del desierto se adelanta
por lomas y ribazos,

¡para abrirse a la luz de la existencia,
para erguirse gigante en su presencia,
160

para alzarlo también entre sus brazos!

V

¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos
pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
cual si allí se arrastrara por el suelo
extraña catarata de sonidos!

165

¿Por qué tiemblan en torno los pinares?
¿Qué horror sublime los espacios puebla?
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
ríe atado al abismo entre la niebla?

¡Es que vuelca sus ondas seculares

170

el Niágara esplendente!

¡El Niágara! ¡la fuente
inexhausta y soberbia de los mares!

Mil ondas encrespadas,
como salvaje tropa de leones

175

al borde del abismo arrebatadas,
exhalan en rugidos
sonoras pulsaciones,
que vibran como un canto en los oídos.

¡Poema sin segundo,

180

en los peñascos del raudal impreso,
que, con solemne entonación homérica,
parece que cantara sobre el mundo
el himno del progreso

en la lira gigante de la América!

185

De Washington el pueblo,
despertando a su voz, honda y valiente,
aprendió el heroísmo
en la lucha tenaz bajo la bruma
¡del raudal y el abismo,
190

de la roca y la espuma!
Y luchando también, hundió las naves
de la adusta Inglaterra;
y a su empuje viril, el Despotismo,
que derriba las frentes a balazos,
195

¡largo trecho rodó sobre la tierra
como rueda un cañón hecho pedazos!
¡Escuchad! ¡escuchad! El torbellino
hierve airado otra vez, airado truena
y es que el nombre de Cuba,
200

la mártir del destino,
¡en el arpa de América resuena!
¡Sí, que otra lira hermana,
amarrada a la sirte procelosa,
rugiendo en las espumas
205

apostrofa a la tierra americana!
¡Ay! ¡La sonante lira
a cuyo acento el corazón se expande
y, heroico en su dolor, estalla en ira,
de Heredia el inmortal, de Heredia el grande!
210

VI

Así, en medio de músicas extrañas,
por inmensas llanuras
y ríos y torrentes y montañas,

Eva de un mundo y del Edén señora,
siguiendo va del porvenir la huella
215

América la bella,
América, la virgen soñadora.
De la pálida luna
no lleva el tibio y misterioso rayo
sobre la sien ardiente,
220

que el dios del Inca calentó su cuna,
se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,
y el sol de Julio coronó su frente.
Allá, dos mares a su talle airoso
el tul suspenden de su parda bruma,
225

y el Guaira proceloso
y el Niágara, a su espalda
el manto arrojan de su hirviente espuma
y van rodando a acariciar su falda;
allí, como un trofeo
230

que el viento encima de los Andes bate,
como un girón a la montaña asido
del humo del combate,
dejando el cóndor su ríscoso nido,
un punto inmóvil la contempla... ¡Y luego,
235

enamorado y ciego,
abriendo su plumaje,
en el azul purísimo resbala
y siente bajo el ala
chispear el rayo del amor salvaje!
240

¡Ah! como él, el poeta americano,

cóndor de los espacios de la idea,
el monte humilla, reconcentra el llano,
y entre ambos polos la extensión pasea;
como él, en medio de la tierra amada,

245

el alma pensativa
suspende en el fulgor de una mirada;
y, desde el foco de su sien altiva,
como él, difunde enamorado, ciego,
la llama convulsiva

250

¡de su Potente inspiración de fuego!

1879.

Canción

¿Por qué estás triste, dulce bien mío?

¿Por qué tu lira no canta más?

¿Por qué estás mudo como el vacío

-Porque estoy lejos del Paraná.

Noches de ensueño, días de calma,

5

allí tan sólo puedo gozar:

opresa siento y herida el alma

por el bullicio de la ciudad.

Si tú quisieras de mi ventura

las breves horas iluminar,

10

las radiaciones de tu hermosura

encantarían mi soledad.

Allí, en los bosques murmuradores,

bajo la sombra de mi seibal,

donde girando los picaflores

15

liban el dulce burucuyá

Muros de tapia, techo quinchado

con todo el lujo del totoral,
forman mi rancho, do no ha faltado
nunca inocente felicidad.

20

Las limpias aguas de un arroyuelo
muestran su imagen en su cristal,
y allá, en el fondo color de cielo,
el pez que viene y el pez que va.
Se mece en ellas una canoa

25

hecha de un tronco de pacará,
con dos filetes de aberemoa
y negra banda de guayacán.
Si tú quisieras, tuya sería
la airosa nave donde al bogar,

30

¡Ay! Muchas veces me parecía
ver tu hermosura meridional.
Y pues ya sabes, dulce bien mío,
porqué mi lira no canta más,
porqué estoy mudo como el vacío,

35

ven a las islas del Paraná.

1876.

Sin ella...

Por entre el bosque, desplegada cinta,
del arroyuelo la corriente va,
y el sol, hiriendo los ramajes, lanza
doradas flechas a su limpia faz.
Se ve en la sombra que desgarrá a trechos

5

el haz brillante de la rubia luz,
volar la chispa de la arena de oro
al copo errante de la espuma azul.

Se ve en las aguas reflejarse un nido,
temblar la rama que le da sostén,

10

y sombra de alas bajo redes de hojas
al fondo oscuro del raudal caer.

Se ve, sonriendo, por el abra estrecha,
la faz de un cielo que ilumina el sol,
y allí dos nubes, como blancos sueños,

15

atar sus velos y volar las dos...

Pero ¿ella", ¿el alma? ¿y el amor?... Dios mío,
jamás de tu obra blasfemar podré;
mas, ¿cómo amar y bendecir las ondas
si no reflejan su nevada sien?

20

1879.

Ellos

Cuelga tan sólo del ombú, en la loma,
una postrera ráfaga de luz,
y se entreabre el lucero de la tarde
cual flor de nieve sobre campo azul.

La noche baja a la hondonada; en ella

5

rueda el carruaje donde van los dos;
y cuanto más la oscuridad los cerca,
hay en sus almas claridad mayor.

En vano el día de la tierra inclina
al horizonte la inflamada sien,

10

cuando el amor, crepúsculo divino,
comienza para el alma a amanecer.

A los astros que brillan en el cielo
ni una mirada fugitiva dan,
porque asomados a sus ojos viven,

15

donde hay estrellas que relucen más.
Se alza una nube en el confín lejano,
como presa de súbita inquietud:
a ella vuela el lucero de la tarde,
abierta el ala de serena luz.

20

Inflamado relámpago en su seno
salta y la baña en vívido carmín;
el temeroso enjambre de los seres
fija con ansia la mirada allí.
¡Y ambos siguen inmóviles, absortos,

25

envolviéndose en mutua claridad!
¿Qué importan los relámpagos del cielo,
si el alma de ellos irradiando está?
Yo, solitario, al borde del camino,
los miro melancólico pasar;

30

y contemplo las nubes y los astros...
¡Porque no tengo sobre el mundo más!

1881.

La luz mala

Tradición Argentina

Largo tropa de carretas

atraviesa la llanura

bajo la eterna hermosura

de los radiantes planetas.

Al tardo paso sujetas

5

de los bueyes, enfiladas,
salvan lomas y quebradas,
y en el trébol florecido,
haciendo áspero ruido,

hunden las ruedas pesadas.

10

Vense allí en el claroscuro
de mil vagos resplandores,
oscilar sus conductores
sobre el pértigo inseguro.

De llegar no tiene apuro

15

a su rancho el picador,
pero, músico y cantor,
entretiene su camino
con algún triste argentino
que llora ausencias de amor.

20

La Cruz del Sud, suspendida
sobre los campos desiertos,
tiende los brazos abiertos
hacia la tierra dormida.

Y en la sombra sumergida

25

aquella inmensa región,
llena de mística unción,
por el trébol perfumada,
está a sus plantas postrada
como en perpetua oración.

30

Súbito brilla a lo lejos
una luz... la luz maldita,
cuya historia nunca escrita
saben jóvenes y viejos.

Vedla: lanza mil reflejos;

35

se detiene y humo exhala;
incendia el campo; resbala

retorciéndose maligna;
y cada uno se persigna,
murmurando: -"La luz mala!"

40

-"Es el alma de un hermano,
que, desterrada del cielo,
solitaria y sin consuelo
vaga errante por el llano;
un espíritu cristiano

45

de crueles ansias lleno,
que, de la noche en el seno,
nos ha pedido otras veces
una cruz y algunas preces
que lo tornen justo y bueno".

50

Así dicen, y entre tanto,
esquivando sus destellos,
rezan juntos todos ellos,
olvidados ya del canto;
y ven, trémulos de espanto,

55

cómo la luz resplandece,
y chispea, y desaparece,
y con nueva brillantez
ilumina, y cada vez
más y más grande parece.

60

Ora se hunde en el bajío,
ora corre por la loma,
pero siempre avanza, y toma
por momentos nuevo brío.

Del horizonte sombrío

65

se aproxima a cada instante,
y hacia atrás y hacia adelante
huyen las sombras inquietas,
y se acerca a las carretas
como un ojo centelleante.

70

Y, mientras lleno de horror,
tras esfuerzos sobrehumanos,
se cubre con ambas manos
todo el rostro el picador,
el penacho de vapor

75

suelto al aire, rauda, altiva,
rumorosa y convulsiva
cual un potro desbocado,
pasa hirviendo por su lado
la veloz locomotiva.

80

¡Mal hacéis vuestro camino
paso a paso y lentamente,
al alcance del torrente,
antiguo pueblo argentino!

¡Cantad himnos al destino,

85

y cuando en noche serena
brille una luz, no os dé pena,
no temáis, criollos, por eso,
que en las vías del progreso
la luz mala es la luz buena!

90

1883.

Florencio del mármol

¡Ah! ¡Siempre como término la muerte!

¡Siempre en el pecho una profunda herida!

¡Y estas negras traiciones de la suerte
que así oscurecen sin cesar la vida!

¡Amigos de la infancia, compañeros,

5

comienza ahora nuestra marcha triste
hay abismo sin fondo en los senderos...

Florencio, nuestro hermano, ya no existe!

Él era todo fe, todo hidalguía,

su mente audaz, su corazón cristiano,

10

y como nadie realizar sabía

el supremo ideal del ciudadano.

Creyó en la libertad; le dio su espada;

le dio con ella su primer cariño;

héroe, le vimos defender su amada

15

con la inexperta sencillez de un niño.

Amó en Lavalle las acciones grandes,

los generosos ímpetus guerreros;

al toque del clarín, voló a los Andes...

¡Y no estaban allí los granaderos!

20

La noble frente oscurecida, inerme

tornó a sus lares, soñador caído...

Por eso, amigos, en la tumba duerme

con tantos héroes que en la patria han sido.

¡Y en qué momento! ¡Cuando al sol se abrían

25

los azahares del amor risueños!

¡Cuando dos corazones se mecían

en el columpio de los castos sueños!

¡Ah! ¡Si no hay Dios!... si el alma solamente

es el latir de deleznable arteria;

30

si aquél cielo tan puro y transparente,
es falaz ilusión de la materia;
¡Ante el Destino impávido y rastrero,
que así existencias juveniles trunca,
no me habléis de consuelo!... ¡yo no quiero,
35

no, yo no quiero consolarme nunca!
1881.

Las quintas de mi tiempo
Estos, Fabio ¡ay dolor! Que ves ahora
jardines sabiamente dibujados,
fueron un tiempo rústicos cercados
de enhiesta pita y succulenta mora.
Y aquellas que allí ves altas mansiones
5

de mil primores llenas, antes fueron
modestas granjas donde en paz latieron
mas nobles y sencillos corazones.
Naturaleza entonces a sus anchuras
por estos sus dominios discurría,
10

y como es dada a la labor, tejía
mil suertes de galanas vestiduras.
Aquí, rastreando la humedad del suelo,
las violetas silvestres agrupaba,
y por todas las quintas derramaba
15

un fresco aroma que llegaba al cielo.
Pródiga aquí de sus mejores galas,
prendía a las ventanas de una hermosa,
de mosqueta o jazmín red olorosa
que desflocaba el aire con sus alas.
20

Por cima de los cándidos rebaños

que agrupaba el pastor en los oteros,
derramaban en flor los durazneros
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera

25

y en los verdes naranjos florecía,
de sus maternas manos recibía
su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,
aquella nuestra madre, de igual modo

30

sustenta, anima y embellece todo,

Y quien dijere lo contrario, miente.

¡Infeliz! ¡cual te engañas! Tú no sabes

lo que eran estos sitios, cuanta escena

de amor y paz y venturanza llena

35

huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;

mucho sol, mucha luz, mucha alegría;

una de esas mañanas en que ansía

verse trocada en golondrina el alma.

40

Verás aquí y allá, por los senderos,

confundidos los pobres y los ricos,

la madre, las amigas y los chicos

con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas

45

pandorgas, con navaja, y en batalla,

y a cada triunfo un clamoreo estalla

en el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa

el adobe en los hornos; el ligero

50

grato sonar de tarros del lechero
que a largo trote por las quintas pasa.
Y allá van, salpicando las veredas,
guiadas por un criollo o un navarro,
las carretas de pasto, que en el barro

55

vuelven crujiendo las pesadas ruedas.
Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
aquel grupo de un árbol a la sombra,
que tiene el césped por mullida alfombra,
y la guitarra nacional por lira.

60

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,
asándose el cordero apetitoso,
y circular el mate generoso
en vez de la botella de aguardiente.
¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares

65

jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
salud un tiempo de los patrios lares!...
Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
que si un remedio a nuestras ansias veo,

70

es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.
Juro, Fabio, por todos los poetas,
que no hay porteñas hoy más regaladas
que aquellas que acudían en bandadas

75

a nuestras quintas a juntar violetas.
¡Las vieras, preparándose al asedio,
cuando aquellos piecitos voladores

no podían llegar hasta las flores
porque estaba una zanja de por medio!

80

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
y traspasar el cenagoso abismo,
alzando con angélico heroísmo
la muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,

85

cual un brazo flexible, que de intento
para ayudarlas inclinaba el viento...

Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas
como granadas de Engadí partidas,

90

y las húmedas manos florecidas
mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
cuando, lanzada como rauda fija

cruzaba una medrosa lagartija

95

con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebosando el seno,

búcaro ardiente que las flores aman,

como por los senderos se derraman

dejando el aire de perfumes lleno.

100

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!

¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;

huyeron ya de la niñez las horas

Dulces y alegres cuando Dios quería!...

Buenos Aires, 1884.

Inspiradora

No es romántica, amigos,

como decís, la niña;
no descolora con vinagre el rostro,
ni en derredor de los sepulcros gira.

Si alguna vez el llanto

5

empaña sus pupilas,
no es por cobarde, es que el dolor la hiere
del corazón en las ocultas fibras.

Ama la luz, la gloria,

la juventud, la vida;

10

viste el blanco y azul de nuestras madres
porque ha nacido, como yo, argentina.

Es joven, es robusta

como la patria mía;

del Paraná y el Uruguay se baña

15

en las sonoras transparentes linfas.

Enamorada eterna

de la virtud sencilla,

canta a la sombra del hogar modesto,

amores puros, infantiles risas.

20

Desata sus cabellos,

en actitud magnífica,

cuando el soplo vital de nuestros campos,

rasgando nubes, el pampero envía.

Aun hierve entre sus venas

25

roja sangre latina,

mas calentada por el sol de fuego

que en la bandera de los Andes brilla.

No pide al extranjero,

con ansias de mendiga,

30

extraño adorno, que a sus trenzas basta
la flor del aire que en redor se cría.

Cuando la Patria evoca,
su rostro se ilumina,
alza orgullosa la serena frente,

35

y absorta lleva al porvenir la vista.

¡Qué grande será, exclama,
nuestra tierra argentina!

¡Feliz de aquel que en el presente sea,
y el lauro excelso del futuro ciña!

40

1884

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo